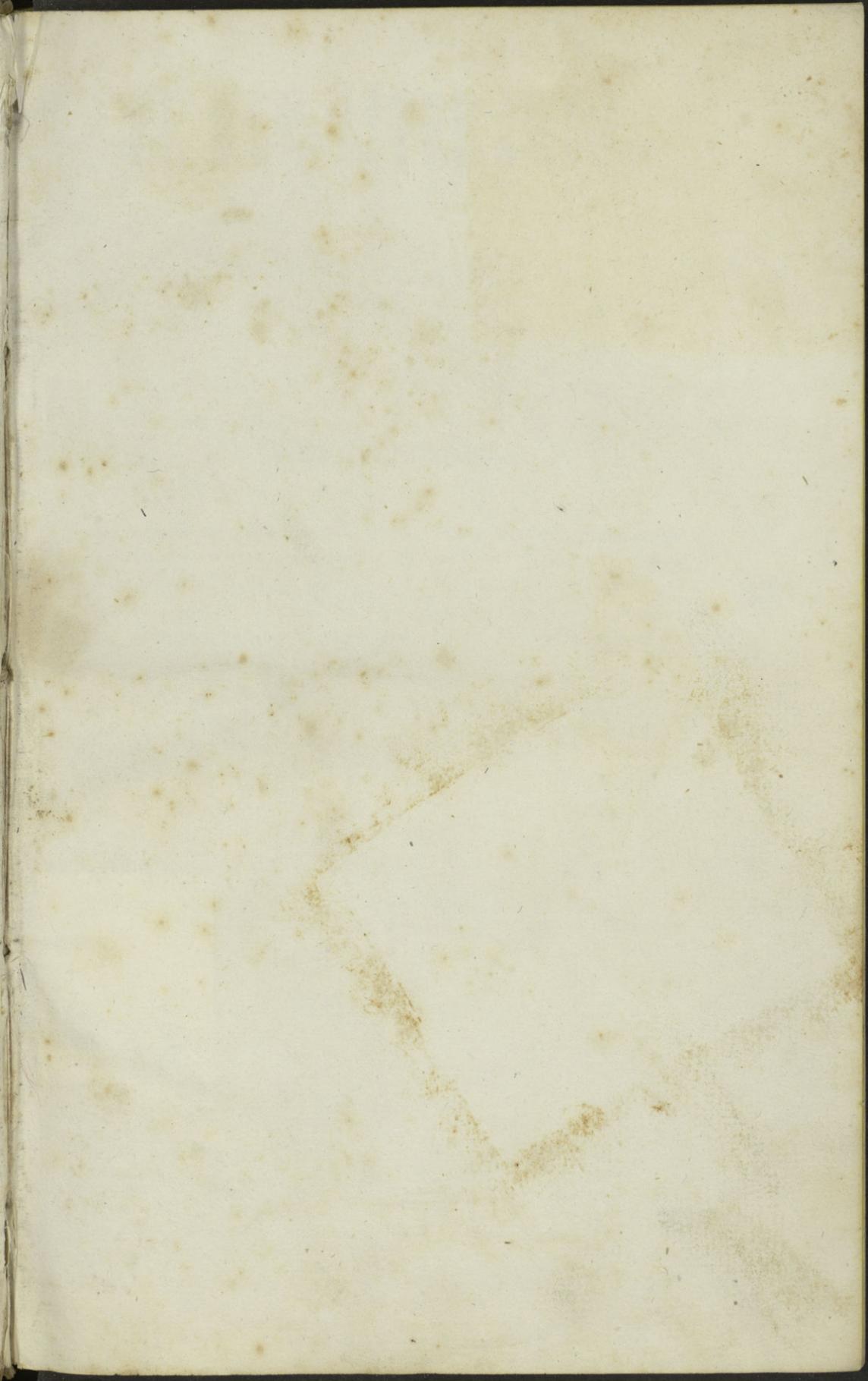


H3D-03-05-31





EL ECO LITERARIO,

REVISTA SEMANAL.

PROLOGO.

Este libro, que se publica en el presente, es el resultado de un trabajo que he emprendido desde el año 1880, y que he llevado a cabo con el auxilio de mis amigos y discípulos. El objeto de este libro es dar a conocer a los lectores de esta revista, el estado actual de la literatura española, y especialmente de la poesía, en el presente siglo. Para ello he tratado de reunir en este libro, no solo los nombres de los poetas que han escrito en este siglo, sino también los de los que han escrito en los siglos anteriores, y que han ejercido alguna influencia en la literatura española. He tratado de dar a conocer a los lectores de esta revista, no solo los nombres de los poetas, sino también sus obras, y especialmente sus obras más importantes. He tratado de dar a conocer a los lectores de esta revista, no solo los nombres de los poetas, sino también sus obras, y especialmente sus obras más importantes.

1880

Impreso en Madrid, calle de Caballeros.

EL ECO LITERARIO,

REVISTA SEMANAL.

REDACTORES.

DON JOSE CRISTOVAL SORNI.—D. PEDRO ISIDRO MIQUEL Y BALLESTER.
—D. FRANCISCO DE PAULA GRAS.—D. CRISTOVAL PASCUAL Y GENIS.
—D. JOAQUIN PARDO DE LA CASTA.—D. FRANCISCO PUIG Y PASCUAL.—
D. JOSE RAMON YILLEGAS.—D. MIGUEL DE CASTELLS.—D. JOAQUIN
MOлина Y CROS.—D. JUAN SIRERA.—D. CARLOS M. BRU.

TOMO I.

VALENCIA.—1849.

IMPRESA DE LOPEZ, CALLE DE CABILLEROS.

EL ECO LITERARIO.

LEGISLACION.

LA reforma de nuestra legislación civil, criminal y de procedimientos, que actualmente está ocupando á los mas eminentes jurisconsultos de la nacion española, llama muy particularmente la atencion, no solo de los que por su profesion y ministerio están inmediatamente dedicados al estudio y aplicacion de las leyes, sino de todos los españoles, cuyos derechos y obligaciones, tanto en la parte civil como en la criminal, pueden sufrir alguna variacion con motivo de aquella reforma. El exámen, pues, de los grandes principios de legislación, la discusion de las mas elevadas cuestiones de jurisprudencia, es del mayor interés en la época presente.

Desde que en España se anunció en nuestros dias la reforma de la legislación, apenas ha alcanzado hasta ahora sino á la ley fundamental y leyes políticas y administrativas; habiéndose publicado tan solo alguna que otra disposicion relativa á los procedimientos judiciales, que mas bien que variacion, no era sino la reproduccion de principios sábiamente consignados en nuestros antiguos códigos, con aquellas mejoras que los adelantamientos del siglo han hecho necesarias. Ocupados, pues, los legisladores casi esclusivamente en la reforma de la ley fundamental y de las leyes políticas, no es extraño que hayan sido estensas las discusiones sobre principios políticos; que el derecho público constitucional haya sido la lectura preferente, no solo de los que por su profesion y carrera se han dedicado á este género de estudios, sino de aquellos que por su posicion social se hallan mas distantes de comprenderlos.

Entretanto el estudio de las grandes cuestiones de derecho privado ha sido desatendido, y casi de todo punto olvidado, aun de aquellos mismos que tienen que tratarlas diariamente en el foro. Ni tiene esto nada de extraño. La política lo ha absorbido todo, y era hasta bochornoso para hombres dedicados al estudio de la legislación, no hallarse profundamente impuestos en el derecho político, cuando la multitud escesiva de periódicos ponía estos conocimientos al alcance de las ultimas clases de la sociedad.

Las grandes cuestiones de derecho privado, que tanto interesan al bienestar de las familias, al órden y prosperidad del Estado, yacían en el olvido, mientras absorbía toda la atencion de los mas eminentes jurisconsultos la discusion doctrinal del derecho político. De modo que el abogado de nuestros dias ofrece un notable contraste con los que le precedieron en el ejercicio de su elevado ministerio. Los letrados del siglo pasado, y aun los que mas florecieron á principios del presente, salvadas algunas

escepciones, apenas sabian mas derecho político, que el contenido en las leyes de Partida y Recopilacion, ni mas derecho administrativo ni economía política, que el que establecian las pragmáticas y autos acordados del consejo *para el régimen y gobierno de los pueblos*; pero en cambio profundizaban en toda su estension las mas escabrosas é intrincadas cuestiones del derecho privado; poco alcanzaban de derecho constituyente, pero poseian con profundidad el derecho constituido. En nuestros dias se sabrá mucho si se quiere de derecho político y administrativo; se poseerá con estension la economía política; pero el derecho comun y privado ha sido postergado, sino está casi enteramente relegado en el olvido.

Dispertar, pues, la aficion al estudio de las importantes cuestiones de derecho privado, discutir cual será en cada una de ellas la reforma mas adaptable á nuestra sociedad, atendidas las circunstancias actuales, sus usos y costumbres, es el objeto que nos proponemos al publicar en este periódico algunos artículos de legislacion, alejándonos enteramente del derecho político, y rectificando en cuanto nuestras débiles fuerzas alcanzan, las equivocadas ideas que se han vertido respecto al derecho administrativo, y la estension ilimitada que se le quiere dar con detrimento y perjuicio del derecho comun.

El estudio de nuestros antiguos códigos, objeto siempre de veneracion y respeto por su sabiduria muy aventajada respecto del tiempo en que se escribieron y publicaron; el exámen de las leyes forales, que en otra época fueron casi la única legislacion por que se rigieron los diversos pueblos y provincias de la nacion española; los usos y costumbres del pais, y la comparacion de los resultados de estos estudios con las legislaciones modernas de otras naciones, nos servirán de guia en los artículos que publiquemos sobre la reforma de nuestra legislacion. Tenemos el convencimiento de que leyes que han producido escelentes resultados en unos pueblos, trasplantadas á otros no han alcanzado igual éxito, sino se han modificado conforme á las circunstancias particulares de cada pais, y á los usos y costumbres del mismo. Así las leyes de las doce tablas, principio y fundamento de la legislacion romana, si bien fueron extractadas de las leyes de Grecia, estaban muy distantes de ser una copia de ellas. La misma legislacion romana, que sirvió de base para la formacion de los códigos de las naciones europeas, ha sufrido en cada una de ellas modificaciones muy esenciales, segun lo han exigido sus circunstancias particulares, sus usos y costumbres.

Nosotros, pues, que contamos con una legislacion sábia, si bien antigua, y cuya reforma exigen perentoriamente los adelantamientos de la época presente, estamos muy distantes de creer útil ni conveniente la importacion de los códigos modernos de otras naciones. Creemos, sí, al paso que necesaria, útil y de felices resultados, la compilacion ordenada y metódica de los principios y disposiciones de nuestros antiguos códigos y de las colecciones forales, con aquellas reformas mas acomodadas á las necesidades de la época presente. Estas serán las doctrinas que esplanaremos en los artículos sucesivos.

Tambien la práctica de la jurisprudencia será objeto de nuestros trabajos literarios. Cuando ocurra, pues, en el foro algun pleito ó causa de importancia, haremos de él una sucinta reseña, y extractaremos ó aun copiaremos, si el espacio y sus dimensiones lo permiten, las acusaciones

fiscales y las defensas mas notables. Con esto y con el exámen y juicio que emitiremos de las obras de legislacion y jurisprudencia que se publiquen, creemos hacer un particular servicio á la juventud estudiosa que se dedica á la carrera del foro, promoviendo la discusion de doctrinas y cuestiones que tanto le interesan. Si lo conseguimos, si con nuestros trabajos literarios logramos estimular el celo de los eminentes jurisperitos que cuenta en su seno el colegio de abogados de esta capital para que difundan sus estensos conocimientos, quedarán sobreabundantemente recompensadas nuestras tareas. — José Cristóval Sorní.

GOSTUMBRES.

EL VIEJO VERDE.

Todo pasa, todo perece: el tiempo con su marcha lenta, continuada y uniforme, destruye las mas grandes y gigantescas creaciones de la humana sabiduria: el hombre, sin embargo, criatura débil cuando se desconoce á sí mismo y olvida la condicion de la materia que le ha dado forma, sueña, é intenta en momentos de desvarío oponer una resistencia que contenga el acompasado movimiento de la edad. Esto es necio, es ridículo y vergonzoso; pero desgraciadamente vense todos los dias egemplos, aunque en realidad es preciso confesar son poco frecuentes. Si lo contrario acaeciese, bien pudiera decirse que la humanidad caminaba á paso redoblado hácia una jaula de locos.

¿Dónde encontrar estos egemplos, estas escepciones de la regla natural? ¿qué personas suministrarán material suficiente para dar una muestra al lector que corrobore nuestro aserto? ¿Será indispensable para ello poner á alguno en berlina, á fin de que el público le conozca y huya de él como de un acreedor implacable? La duda es apremiante, el compromiso está contraido y es fuerza cumplirlo. ¿Quién se presenta pues? Uno, que apellidaremos *El viejo verde*; denominacion bastante exacta, porque tiene semejanza con ciertas frutas que aun maduras, contienen un ácido muy subido, y este prógimo, aunque tambien maduro por la edad, está su corazon en agraz, sabor poco grato para dar alimento al árbol de la vida.

Tracemos su bosquejo.

El *viejo verde* es el ente mas ridículo de la creacion: reúne todos los caprichos de un adolescente y los defectos y achaques de la edad caduca. Está condenado como Tántalo á no ver nunca el término de su suplicio. Considerado física y moralmente, su vida no está en el cuadro de la vida. Para niño le sobra edad: para hombre falta vigor y energia en sus pasiones: para viejo tiene gastado el corazon. Apura todas las desgracias que lleva consigo la vejez, sin encontrar un momento de dicha y bienestar. Solteron, es una planta á orillas de un camino real; cualquiera se aprove-

cha de su fruto: muere con el desconsuelo de no dejar en este mundo quien dedique un recuerdo á su memoria. Casado, es su casa el templo de las furias: su muger ó le maldice ó sigue sus huellas. Viudo, es para la familia lo que el cólera-morbo á la humanidad, un azote, una plaga. Descuida la educacion de sus hijos, consume su patrimonio, adorna con las galas de su infortunada esposa los mentidos atractivos de una infame y vil ramera, y contempla hasta con criminal indiferencia el extravio de alguna hija.... porque ha fiado al acaso las buenas ó malas inclinaciones de su familia.

El *viejo verde* es tan conocido como los pagarés de lotería: todos saben el valor que representan, las mugeres sobre todo, el aumento que hay de mas. Se le sigue siempre la pista, es cual fiera que herida y jadeante, espere por la tierra un reguero de sangre: como un carruaje pesado que sobre terreno blando y arcilloso marca una huella profunda. Su ocupacion es continua. Hay una fiesta, allí está: un convite, reclama su presencia. No hay boda que no amenice, ni bateo á que no asista, ni entierro al que no acuda. Pero lleva siempre marcada intencion: lo contrario seria reconocerle buena fé de que carece. Sin embargo, merced á ese fenómeno fisiológico que no sabemos explicar, inspira su presencia esa repugnancia intuitiva, ese sentimiento natural de repulsion, que el lobo á la oveja aun sin verla, ó que el hombre siente al tocar la fria mano de un cadáver. Estos contratiempos emperó no le arredran, y sigue impávido su camino, porque reconocerse seria confesar su nulidad, pronunciarse en una vergonzosa derrota.

Asiste á un baile, echa mano de sus postizos adornos, peina su peluca, se tiñe patillas y bigote, se viste, se almibara, se acicala, quiere en fin que la sociedad vea en él el remedo de un jóven, pero con tanta elegancia y compostura es la paródia mas completa de un Adónis. Se parece á esos antiquísimos caserones, que se intentan restaurar en el dia revocándoles la fachada, y que al visitarlos por dentro se conocen los estragos causados por la mano del tiempo. A esas plantas de hermosa apariencia, que al coger alguna de sus flores exhalan un olor fétido y repugnante. A uno de esos maniqués de taller, que engalanados con hermosas telas, presentan antes de su atavío todas las deformidades de su raquitica construccion. Miente como un sastre en vispera de fiesta, y habla siempre de sus conquistas de amor, como el enfermo que balbuciente pide al médico en su última hora el remedio para su dolencia.

Amigos, ó carece de ellos ó los busca jóvenes, porque está persuadido que la vista de obgetos esternos, es el mas punzante aguijon de las pasiones que en él han desaparecido. Cual otro Althotas que necesitaba para el élixir de la vida la sangre de una muger inmaculada, el *viejo verde* necesita de la conversacion de los jóvenes para estimular sus inclinaciones.

Hace preguntas capciosas y se aprovecha de la indiscrecion y poca experiencia de sus jóvenes amigos, pero sin fruto. Con esto logra hacerse escuchar y que le crean hombre ducho y maestro en el *ars amandi*.

En la calle va siempre de negocio: ve una muchacha, y sea cualquiera el rango que represente la persigue; pero merced al reuma y á la gota sus pies no son bastante ligeros y se queda detrás: imita en esto con toda perfeccion á esos monigotes, que movidos por un resorte giran al rededor de una mesa sin poderse alcanzar jamás. Cansado, y conociendo su inútil-

lidad, sienta sus reales en alguna tienda de modista, sastre ó tirolés, y si le preguntan, espera todavía.

Las glorias del *viejo verde* son glorias á muy poca costa adquiridas; son como las del gavilan que ceba sus instintos carnívoros en la inocente indefensa paloma, y huye cobarde y vergonzoso á la presencia del águila: glorias, en fin, como las que ganan ciertas mugeres, que no pudiendo dominar al marido, satisfacen su venganza rencorosa en sus hijos y criados....

Abandonamos el campo: no queremos penetrar el sagrado de la casa del *viejo verde*; el miedo y el espanto seria grande. ¿Qué encontraríamos en él? Una batería de tocador completa, cosméticos en abundancia y..... el compendio de un hombre.

Del *viejo verde* puede decirse con razon lo que un amigo nuestro de cierta muger, se quedaba en las sillas y no llegaba al lecho mas que el esqueleto. = *Francisco Puig y Pascual*.

POESIAS.

CARICATURAS.

¿Ves ese busto, que con faz de mico,
Talle de mimbre, riza la guedeja,
Pobre de plata, de ilusiones rico,
Atildado doncel hembra semeja?
Pues ahí do le ves tan remilgado
Con atiplada voz llamarme *bruto*,
Si moda es serlo, lo será el menguado:
¡A tanto alcanza su cerebro enjuto!

¿Ves esa niña, que con rostro amable,
Aire de silfo y ojos de gacela
Se asemeja á la Virgen adorable
Cuando es cierto no corre.... porque vuela?
Pues en prueba de asertos bien estraños
Te diré si la miras muy bisoño,
Que aunque en la flor de sus primeros años,
No la vence ya en frutos ni un otoño.

¿Ves ese hinchado y tremebundo necio,
De atroces barbas é insultantes lentes,
Pasear con enfático desprecio
Del sabroso turrón muestras patentes?

Pues no te pame, no, verle tan cuco,
Que aunque en su vida topes ni una hazaña,
Por hacer el papel de *hombre* de estuco,
A *grande* aspira ya.... pero de España.

¿Ves esa moza, que en los treinta frisa,
Y espalda y seno á contemplar provoca?
¿No adviertes, di, su juguetona risa
Cual huye ardiente de su linda boca?
Pues sabe que á pesar de la etiqueta,
Y del doncel que noble la reputa,
Si en tu lengua es señora algo coqueta,
En la mia es muger.... muy disoluta.

¿Ves aquel trasto imberbe y pequenuelo
Del mundo en el dintel quedarse absorto,
Y luego á la muger su primer vuêlo
Alzar cual parvulillo, en todo corto?
Pues aunque ora te admire el muy novicio,
Porque al ron y al habano hace pucheros,
Bien pronto le has de ver en tener juicio,
Trincar y.... bromear cual los primeros.

¿Ves esa harpía, cronicon con faldas,
Do escribe el tiempo en pergamino aleve?
¿No lees ¡ay! en sus megillas gualdas
El oráculo fiel de su fin breve?
Pues con su barba y su nariz en círculo,
Ofrece en presuncion tal espectáculo,
Que aunque es de cien menjurges vil vehículo
Desmentir quiere aun hasta á su oráculo.

¿Ves aquella mozueta compungida
Cual humilla sus ojos hasta el suelo,
Huyendo las delicias de esta vida
Porque aspira tan solo á las del cielo?
Pues con tanto *pequé* y tan gran rosario,
Es tal la *caridad* en que se inflama,
Que cuando besa... y no el escapulario,
Si mucho se santigua, mucho ama.

¿Ves por fin este mozo insoportable,
Que destila humor negro por do quiera
A pesar de algun Zoilo inevitable
De faz risible y diamantil mollera?
Pues aquí do le ves tan obstinado
Atacar de su prógimo el ridiculo,
Como no le perdones tal pecado,
¡Voto á brios!.... que te mete en este círculo.

C. Pascual y Genís.

A VALENCIA.

SONETO.

Bello es tu cielo de zafir y grana,
Que no enturbian jamás los aquilones;
Bellos son y magníficos los dones
Con que natura amiga te engalana.
Si hermosa en tí es la noche, la mañana
Llena el alma de amor y de ilusiones,
Y mecida en risueñas sensaciones,
Mas leda corre la existencia humana.
Tu ambiente puro, tus eternas flores,
Tus bellas, ese Túria y tu alegría,
Mezquinos lauros fueran á tu gloria;
¡Dulce patria!... Tus timbres son mayores:
Ostentas como prez de mas valia
Tus blasones, tus héroes y tu historia.

Manuel María Flamant.

Madrid.—Agosto 20 de 1848.

EPIGRAMA.

La mitad de su fortuna
Don Blas en un naípe agota,
Y cuando pierde.... importuna,
Diciendo no hay duda alguna
Que dá mal pago una sota.

F. de P. Gras.

VULGARIDADES.

Para vivir en el gran tono es preciso un escrupuloso estudio de costumbres, de la moda y del gusto reinante, á trueque de no caer en ridiculo por el mas pequeño desliz. La carrera del gran tono es la mas larga de cuantas existen, porque nunca encuentra su terminacion; es la vida de la elegancia, de ese capricho que muda de forma con tanta celeridad y que lleva revueltas tantas cabezas: el gran tono tiene sus leyes, que caen en inobservancia á medida que se popularizan, y que egercen un imperio incontrastable cuando se ven como el espejo del buen parecer y de la última usanza: esto ofrece un campo vastísimo, que solo puede correrse teniendo presente lo que un mocito encofetado puede decir, al ver el porte y maneras de otros que no lo son tanto, por hallarse rezagados en la marcha del gusto dominante y de la moda.

Supongamos á un D. Pepito, parlanchin y figurero como ningun otro, que gasta lente, guante finísimo, frac abotonado, ajustado pantalon y así lo demas; que habla oyéndose á sí mismo con deleitable encanto; que mira á las bellas con ceño fruncido y halagüena sonrisa; que las habla solamente de su hermosura, de la moda, del gusto delicado y alta sociedad, con la importancia que requieren estos tan *vitales* asuntos; tengamos pues presente á este héroe como digimos antes, y le oiremos decir con enfática demostracion de inteligencia sublime, estas ó semejantes frases con el aliento de la seguridad y de la propia confianza.

—Hay mucha falta de ilustracion, de esmero en las costumbres y en el trato; muy pocos saben vestir ni presentarse en sociedad, ni captarse el aprecio de las gentes por su delicado porte y refinado gusto; hay mucha ignorancia, y todo cuanto ve el hombre de esmerada cultura, son *vulgaridades*, porque hay poquisimo interés en llevar el gran tono á la elevacion y dignidad que se merece; esto dirá nuestro elegante, y reduciendo á sentencias su language, añadirá:

—Son *vulgaridades*. Entablar conversacion en una visita de etiqueta, (como por único y pobrisimo recurso) sobre la estacion y variaciones atmosféricas, sobre la egecucion buena ó mala de ópera ó comedia, de si estaba ó no concurrido el paseo, y si habia en el lujo elegancia, fastidio, animacion ú otras cosas por el estilo.

Es muy *vulgar* usar otra clase de cumplimientos, que aquellos en que se ven las *gracias* campeando con toda su donosura: ¿cómo lo pasa V? — *Bien, gracias; ¿y V?* — Tan bien *gracias*, ¡oh esto vale un Perú! adelantamos muchísimo como ven nuestros lectores, con esta pequeña muestra de cultura.

Es terriblemente *vulgar*. El hacerse mútuamente cumplidos, preguntando por toda una familia sin dejar titere en el olvido: v. gr., ¿siguen bien todos los de casa? — Bien, amigo, ¿y Manolito? — Bueno. — ¿Y Anselmito? — Tan terrible. — ¿Y Carlitos? — ¡Oh, hecho un picarillo! — ¿Y Leonorcita? — Tan bella y tan feliz en sus cosas. — ¿El tio Marcos escribió de Portugal? — Nada sabemos de él. — ¿Y aquella perrita inglesa tan linda cómo sigue? — Salíó á paseo con las niñas; ¡ay, ay, quien lo aguenta!

— *Vulgar* y por los cuatro vientos. Ir remilgándose con el propio trage, y doblar la cabeza para ver si sienta bien, con respuntes de presuncion, y haciendo reir á las gentes.

—Hacer uso de corbatá que esconda y se trague el cuello de la camisa, y que á guisa de serpiente se enseñoree por el pecho, ocultando los pliegues de la misma.

—Hacer gasto de enormes alfileres y cadenas sin relój que semiahorquen el cuello, con mas el uso de otros arrumacos que convierten al que los lleva en una quincallería ambulante.

—Utilizar botones de piedras agatas para hacer prestar al frac un puntito mas.

—Llevar baston de cadenilla pendiente del puño y con borla, y en estas colgando los guantes.

—No es menos *vulgaridad* en las señoras, el ostentar una profusion de prendidos con grandes lazos sobrepuestos al peinado, tremendos alfileres con borlas para sujetar la mantilla, dos ó tres pulseras en cada brazo, un cuadro al pecho con algun retrato, abundancia de sortijas en casi todos los

dedos, y botones de azabache en toda la estension del vestido, y.... hay mucho que decir, peor es meneallo.

Es muy vulgar salir á paseo los domingos tan solamente, y sacar en tal dia el vestidito nuevo, como suele decirse.

Lo es del mismo modo aguardar los elegantes á peinarse en dias festivos, hasta el punto de que por tal preocupacion, se vean los pobres peluqueros al extremo de arrojar los bofes por tanto tráfago.

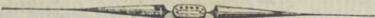
Idem. Alquilar una tartana para pavonearse, dando unas vueltecillas por la Alameda, y recorrer cuando se retiran de ella, para mayor goce, las calles mas concurridas de la capital.

Lo es: tomar un palco en el teatro, y convidar á toda la familia hasta el décimo grado; comer en tal punto, sacar un palmo de cuello para llamar la atencion entre los conocidos, y saludarlos repetidas veces en muestra de alegría extraordinaria.

Vulgaridad. Mover gran algarabía y bullanga en el café, sobre quien deba pagar lo que se engulle, y quedarse murmurando porque pagó Juan, siendo Pedro el que debiera hacerlo; llevarse los bizcochos y barquillos para los niños, etc. etc.

Tambien lo es: comenzar una carta con la tan recomendable frase de.... Muy señor mio y *mi* dueño.

Estar sin un cuarto, decir la verdad, cumplir religiosamente la palabra, comer poco en un convite, y colgar la servilleta en un ojal de frac; en fin, fuera muy vulgar el que se dijera todo en este momento, sin dejar alguna cosa reservada de las que produciria un D. Pepito, para otro rato de buen humor en que la péñola se enristre.—*Francisco de Paula Gras.*



MODAS.

París 24 de octubre.

Mi querida Clementina: ocho dias de permanencia en esta populosa ciudad es tiempo sobradamente escaso para entrar en detalles de cuanto notable pudiera llamar mi atencion; sin embargo, cumpliendo la palabra que te tengo empeñada, aprovecho este correo para darte algunos pormenores, no precisamente sobre modas, pues que apenas he salido de casa, sino con respecto á la nueva posicion que se me presenta y á la que tengo que sujetarme. Tú que siempre has sido mi mejor amiga, comprenderás las dificultades que se me ofrecen á cada momento, siendo la primera vez desde que salí del colegio que entro en sociedad, bajo los auspicios de mi tia, puesta tan en la etiqueta del gran mundo. Su casa frecuentada por lo mas selecto de la sociedad, presenta un cuadro digno de estudio; en donde aprovecharia grandes y útiles lecciones, sino tuviera tanta desconfianza en mí misma. ¡Ah! cuán dichosa me contemplára si la suerte no nos hubiese separado. Tú, cuyo génio melancólico é investigador te ha valido cierta reputacion de filósofa, aun en tus cortos años, me ayudarias con tus consejos en eso que llaman conocimiento de

las gentes; que yo tengo para mí, aprenderé con trabajo atendida mi franqueza y espontaneidad, y sobre todo mi génio burlesco como decia la preceptora. Sin embargo, cree amiga mia, que tengo muy grabadas tus palabras en mi corazon, y que aun asoman á mis ojos las lágrimas, cada vez que recuerdo el momento fatal de nuestra separacion. Pero es preciso olvidar estas pequenezes y esas afecciones infantiles, como dice mi tia, ya que todos los dias y á todas horas se me ofrecerán otras nuevas sensaciones que herirán mi corazon con mas punzante dolor.

A propósito de esto, voy antes de concluir á hacerte una confianza, aunque lo tomes á puerilidad, ó como estoy segura, conociendo la rigidez de tu carácter á un exceso de amor propio. Al dia siguiente de mi llegada me presentó mi tia á un antiguo amigo suyo, y durante el curso de la conversacion, me confesó que le parecia peligrosamente hermosa y con demasiada instruccion para mis cortos años. Me quedé sin poderle dar respuesta, si bien satisfecha con este primer triunfo tan á poca costa alcanzado. Conozco, Clementina, te reirás de mí; pero yo que creia que los hombres se presentaban siempre como conquistadores, y he visto que se postran como esclavos quemando á nuestros pies el incienso de la adulacion, conozco que con cierto estudio se les puede sujetar con las mismas cadenas que ellos nos fabrican. Otro correo te hablaré de las modas reinantes, puesto que hoy es imposible por lo que antes te he dicho.

A Dios.—Tu amiga, *Adelaida de S. Víctor.*

JACOBO BRUNELI.

NOVELA ORIGINAL.

I.

La viuda del conde de Neville y su hermosa hija abandonaron la ciudad de París, despues de haber visto caer la cabeza del conde bajo el hacha de la guillotina nacional, que en aquella época se empeñaba en teñirse solo en la sangre azul comunmente dicha así.

Con dos corazones llenos de luto como sus vestidos, se establecieron en una quinta que poseian á veinte millas de la gran ciudad, y allí se disponian á pasar los dias al abrigo de la hidra revolucionaria. Los habitantes del vecino pueblo respetaron á la noble viuda, y los republicanos mas fuertes y celosos de su causa se compadecieron de ellas.

Ya hacia seis meses que habitaban allí. Ningun incidente habia venido á turbar la paz de las dos mugeres. Un antiguo criado y una risueña muchacha eran el único residuo de la numerosa escolta de sus criados. Parecia que las virtudes de todos se habian reasumido en aquellos dos tipos de honradez y de cariño.

Una tarde en que la bella hija de la condesa, llamada Victoria, salió á pasear á una alameda vecina, vió que un jóven, montado en un hermoso caballo, se acercaba á ella: quiso retirarse, pero era tarde.

—Señorita, dijo el jóven, sois de este pais y debeis saber cual es la aldea de....

—No puedo satisfacer vuestra curiosidad: soy recién llegada á este pais, é ignoro en donde se halla ese pueblo.

—Señorita, dispensadme, dijo el jóven picando espuelas al caballo, no sin antes haber lanzado una mirada penetrante á Victoria, la cual le vió partir y perderse á lo lejos como un pájaro.

Durante la noche, Victoria vió resbalar por sus sueños la linda figura del jóven: ya lo creia un rico conde, proscrito como ella, y entonces se acriminaba por no haberlo llevado á su casa y presentádolo á su madre, ó ya creia que era algun oficial realista que huía tambien de su enemigo: en obsequio de la verdad diremos que no le habia venido á las mientes que aquel jóven podia ser un hijo del pueblo. Pasaron cuatro dias y el recuerdo del jóven del caballo aun atormentaba la imaginacion de Victoria.

Una tarde su criada, la alegre Juliana, le dió un billete que decia así:

—«Señorita: hace cuatro dias vi á V. y desde entonces que soy otro. Apenas me conozco. Sali de Paris libre, como el aire que respiraba, y ahora soy esclavo, esclavo de vuestra hermosura. Si me amais, si no os soy indiferente, salid mañana á la alamedita y allí os diré quien soy.»

Victoria leyó estas lineas y se puso colorada: se enfadó con Juliana, y luego quiso irse á su cuarto, y allí, viéndose sola, reflexionó lo que debia hacer. El amor es sin duda un consejero influyente, porque éste triunfó.

Llegó la hora de la entrevista.

—Señorita, dijo el jóven desconocido, yo soy el que ha tenido el atrevimiento de escribiros la carta que ayer recibisteis. Mi amor, solo mi inmenso amor me disculpará. Mañana debo partir á Paris, y he querido antes oír de vuestros lábios mi sentencia de muerte ó mi triunfo. Es muy justo que sepais quien soy y voy á satisfacer vuestra curiosidad.

—¡Oh Dios mio! mi madre, huid, huid, gritó Victoria, reparando en la condesa que se adelantaba hablando con Ramon el criado.

El jóven se levantó y se colocó detrás de un árbol.

—¿Me amais? gritó el atrevido mancebo.

—Sí, sí, os amo.... pero huid ahora.

El amante huyó contento como un hombre que acaba de obtener un gran triunfo.

Cuando la venerable baronesa llegó al lado de su hija, ésta habia ya ocultado su emocion: la madre nada reparó; pidió á su hija que le acompañase en su paseo, y ésta, contenta de ver desvanecida la tempestad que poco antes la amagára, obedeció.

La baronesa estaba meditabunda y su mirada era reflexiva: Victoria lo advirtió y le dijo:

—Madre mia, ¿qué os entristece? vos teneis algun pesar.

—Sí, hija querida, estoy acongojada. ¡Ah! Dios no se ha apiadado aun de nuestra familia.

—¿Cómo! ¿sabeis algo? ¿os han escrito de Paris alguna nueva catástrofe?

—Toma, lee, lee esta carta que acabo de recibir.

Victoria obedeció.

—«Señora baronesa, el génio de la desgracia se ha cebado en vuestra

familia. Ayer noche algunos ciudadanos de los del gorro encarnado se apoderaron del capitán Douguet: vuestro cuñado en esta ocasión no ha desmentido el valor de los Douguet: se defendió como un león, y por fin cedió al número. Lo demás bien se deja conocer. Señora... tiemblo deciroslo, pero es fuerza acabar de una vez. El valiente Ernesto ha seguido la suerte de vuestro esposo. No es esto todo, señora, vuestra existencia está también amenazada. En la cartera que se ha encontrado al capitán, vieron sus verdugos varias cartas y documentos: en uno de ellos se habla de una correspondencia que vuestro esposo mantuvo con algunos nobles emigrados en Londres. Señora, estad alerta, porque acaso mañana saldrán algunos gendarmes para la quinta á pedir os esa correspondencia. Vuestro fiel amigo. =F. R."

—Ya ves, hija mía, dijo la condesa llorando, ya ves lo que nos dicen de París. ¡Ah! muy pronto vendrán esos infames: el pobre Ernesto ha muerto también. Desgracia: desgracia.

Victoria unió sus lágrimas á las de su madre: la pobre niña había entrevisto algo de bello en su porvenir hacia algunos minutos, y nuevos trastornos vienen á oscurecerle de nuevo.

Regresaron á la quinta y las dos pasaron la noche juntas, temblando á l menor ruido. Creían estar siempre oyendo las pisadas de los caballos y los gritos de los republicanos soldados.

II.

Dos días despues Victoria se hallaba sola en su cuarto. Eran las once de la noche y todos los habitantes de la quinta dormían profundamente: ella sola velaba. Jamás había estado mas hermosa: la tibia luz de la luna daba á su semblante casi el aspecto de una Virgen de Rafael ó de Murillo: los ojos á veces se fijaban en la luna y entonces estaba encantadora.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! cuán desgraciada soy, decía despues; apenas había comenzado á sonreirme el destino, cuando me veo sumida en el dolor.... París.... ¡Ciudad hermosa donde pasé mis primeros años! Yo creía que solo dentro de tus murallas se lloraba; pero ¡ah! también en las quintas y en el campo se derraman lágrimas como en tus salones. He sido muy niña, he prodigado mi amor á un jóven que acaso ha querido escarnecer nuestra desgracia. ¡Oh! ¡quién será ese hombre á quien á pesar mio ama mi corazón!

Algunos sollozos siguieron á estas palabras. Victoria hacía un gran rato que lloraba cuando le pareció descubrir desde la ventana unas sombras que venían hácia la quinta, prestó atención y oyó pisadas de caballos. ¡Oh! no cabía duda; eran los agentes de la convencion.

Rápida como una centella salió de su aposento y despertó á su madre y á todos los de la quinta.

Cuando llegaron los ginetes, todos estaban despiertos, y el pavor les hacía temblar cual si fuesen de papel.

—Señora, dijo el que capitaneaba aquellos soldados, que era un hombre como de cuarenta años, alto, moreno y de duras facciones, en nombre de la salud pública vengo á prenderos.

—Prenderme, ¡cielos! ¿qué causa ha podido?... —

—Se os acusa de estar iniciada en una correspondencia que vuestro marido sostuvo con ciertos aristócratas emigrados en Londres.

—¡Oh! por Dios, señores, baste ya de persecuciones, ¿no es suficiente la muerte de mi esposo y la de su hermano? ¡Ah! piedad, piedad, os lo pide una infeliz muger, una desgraciada madre.

La noble condesa se olvidó sin duda de su orgullo, y lloró como una débil muger; su hija lloraba también.

Los soldados permanecían impassibles, cual si fuesen de piedra.

Vamos, señora, dijo el sargento, una hora os queda de tiempo para disponer la marcha.

—No, no iré; primero me hariais pedazos que arrancarme de aquí: ¿lo ois? no, no iré, miserables.

—Señora, acordáos que os tengo en mi poder, replicó el sargento arrugando el entrecejo.

La condesa tembló, se puso pálida y añadió con voz suplicante:

—Soy inocente, no sé de qué cartas me habláis, creedme, ¡ah! estoy inocente del crimen de que se me acusa.

—No soy yo quien debe perdonar ó castigar; el tribunal decidirá si sois ó no inocente.

III.

—¿Quién de vosotros es el sargento Brincourt? dijo un aldeano que entró precipitadamente.

—Yo, contestó el sargento.

—Tomad esta carta.

Brincourt leyó lo siguiente:

«Salid inmediatamente de la quinta, y regresad á París; la condesa está inocente. Dentro de tres dias lo hará constar ante la Convencion nacional el ciudadano *Jacobo Brunell*.»

El sargento plegó repentinamente la carta, la metió en su bolsillo, y salió de aquella habitacion diciendo:

—Sosegáos, señora, acaso esto no sea nada, porque os defiende un grande hombre; el me hace volver á París.

Poco despues el sargento partió seguido de sus seis gendarmes.

Los habitantes de la quinta estaban mas tranquilos, pero mas asombradas la condesa y su hija, no sabian que pensar de aquella misteriosa carta, y habian salido del sobresalto penoso para caer en un mar de encontradas reflexiones. ¿Quién podia ser el autor de aquella carta? ¿quién era el hombre que, semejante á un ángel, se aparecía en medio de aquella trama tan cruel para derramar en sus corazones la paz y la esperanza? Hé aqui lo que madre é hija se preguntaban, y lo que ellas no podian contestarse.

La noche del dia siguiente sorprendió á la bella Victoria sentada al pie de un álamo y con un libro en la mano. Hacía un gran rato que el libro permanecía entreabierto y caído con negligencia sobre la falda de su vestido de seda negro que hacia realzar la blancura marmórea de sus carnes. Algunos suspiros, intérpretes de su dolor, se escapaban de sus lábios entreabiertos; sus ojos comenzaban á humedecerse.

Un jóven avanzó silenciosamente andando sobre las puntas de sus pies á espaldas de Victoria, cual si tratase de darla una sorpresa. El jóven ves-

tía una casaca azul y una banda tricolor en su pecho, mientras que en su hermosa cabeza se distinguía un gorro colorado.

—Victoria, dijo cuando estuvo al lado de la jóven.

—¡Ay! gritó esta palideciendo.

—¿Qué os asombra? Soy vuestro amante que viene á pedir os mil perdones, por haber pasado tres dias sin venir á veros.

—¡Ah! caballero, yo... la verdad, os creia...

—Me creias algun rico capitalista ó algun duque, y ahora os avergonzais de haber amado á un coronel.

—No, pero al menos.... ¡Ah! vos no sois coronel; ese gorro, esa banda lo desmiente todo. Me marchó, caballero, olvidadme, yo tambien os olvidaré. Todo debe acabar entre nosotros.

—Esperad, señorita, dijo el militar viendo que su amada no pensaba sino en correr hácia la quinta. Permitidme que os diga que no me habeis amado, que habeis mentido cuando tales palabras salian de vuestros labios. Si me amáseis de veras, no huiriais de mí, porque un gorro colorado cubre mi cabeza, y porque habeis visto un color mas en esta banda. Id con Dios, señorita. Dios sabrá quien de nosotros ha sufrido mas, vos en no amarme, ó yo en determinarme á amaros. El mismo ódio que teneis á los plebeyos tenemos nosotros á los de vuestra clase. Olvidémonos de todo, y Dios os haga feliz.

El coronel se disponia á marchar cuando la jóven volvió su semblante pálido diciendo:

—Sin vos no puedo serlo.

—¡Oh! repetid, repetid esas palabras. ¡Ah! ¿será cierto que me amais?

—Sí, os amo á mi pesar, os amo, exclamó Victoria. Acaso sea desgraciada amándoos, pero por mi vida que no puedo hacer otra cosa. ¡Ah! ¿por qué no sois realista como yo? ¿por qué llevais un gorro fatal sobre vuestra cabeza?

—¿Qué importa, señorita, que trate de defender los derechos y la libertad del pueblo, si siempre he de ser vuestro esclavo? (Se concluirá.)

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

La belleza es á la verdad como la luz al sol.

Al contraer con nuestros suscritores el arriesgado empeño de escribir una revista semanal de teatros, digna del público, de los artistas y de nosotros mismos, fuerza es descubrir el fondo de nuestro pensamiento, tal como le concebimos desde la elevada esfera del puritanismo literario. Ciertamente que debiendo apelar tan solo á nuestros conocimientos, acreedores en verdad á una calificación muy modesta, quizá no alcancemos á formular en toda su estension la gran idea que instintivamente percibimos al contemplar la importante mision del crítico en el siglo XIX; pero en cuanto los limites de un semanario nos lo permitan, si que pro-

curaremos al menos señalar los principales lineamentos que forman como el bosquejo de nuestro plan.

La sinceridad de nuestras intenciones, garantida por nuestra ulterior conducta, dará bien pronto á conocer que al huir de un pedantismo impertinente, ridiculamente exornado de un estilo dogmático y concitador, procuramos con ahinco evitar la vulgaridad y el desaliño que tan fácilmente se prestan á la inconsecuencia y ligereza en los juicios. Señalar el mal é indicar el remedio, si lo alcanzamos, será nuestra principal tarea, seguros de que si acertamos á desempeñarla cual el público tiene derecho á exigir, también á nuestra vez podremos legítimamente imponerle el peso de las opiniones que le sean bajo algun concepto desfavorables. Ciertamente no se nos oculta, que en la floresta literaria que nos proponemos atravesar, mas de una vez habremos de apartar de nuestro camino las multiplicadas espinas con que el amor propio defiende sus flores mas brillantes; pero nada nuevos en este terreno, comprendemos bien todo lo que es preciso arrostrar, y bueno será consignar aquí que lo arrostraremos siempre, siquier no fuese mas que por conservar á su digna altura la noble mision del critico, que jamás rebajaremos á sabiendas por motivos impuros. Ahora bien ¿qué mas podria literariamente exigirsenos? En nuestro concepto, si bien humilde, cuánto puede pedirse al critico en general, se concreta á tres actos complexos: 1.º Observar con detencion y profundidad. 2.º Juzgar con imparcialidad y exactitud. 3.º Espresarse con propiedad y decoro. Segun estas convicciones, que siempre reconocemos por nuestras, bien claro se vé que ni la ligereza, ni el apasionamiento, ni la personalidad, podrán afectar con fundados motivos la susceptibilidad del mas susceptible autor ó artista, sometido á nuestra templada censura.

Explicadas sucintamente las bases de nuestro pequeño sistema, no será inoportuno detallar los pormenores prácticos de nuestro trabajo, reducido á tratar cuanto pertenezca al teatro en sus relaciones con el público, pero sin abandonar por ahora el siguiente método: 1.º Análisis y juicio razonado de las piezas dramáticas ó melodramáticas que se egecuten en esta ciudad por primera vez. 2.º Juicio no menos razonado sobre su egecucion por parte de los artistas á quien se les haya encomendado; y últimamente, las observaciones y advertencias que dé lugar el orden interior y exterior del coliseo en lo relativo al arreglo de compañías, eleccion de piezas, servicio de escena, comodidad y derechos del público, en una palabra, todo aquello que no depende sino del autor del teatro y del empresario. También podrá suceder que en vez de dar nuestro juicio *á posteriori*, digámoslo así, lo anticipemos respecto de algunas piezas ó artistas prejuzgados por la prensa de otros puntos; y en tal caso no escasearemos medio para ilustrar á nuestros lectores en aquella parte que pueda y deba naturalmente interesarles.

Por otra parte, si bien no nos son absolutamente desconocidas las grandes dificultades que han elevado el arte dramático al puesto venerando, ocupado con gloria inmarcesible por Lope, Calderon, Corneille, Shakspeare y Dumas, también creemos que pueden reconocerse de buena fé las innumerables que rodean el puesto del critico. Si éste debe justicia al autor, el autor se debe modestia á sí mismo. Imaginar é inventar no son operaciones idénticas que analizar y juzgar; así es que no podemos

admirarnos con fundamento de que el autor de la primera poética conocida, jamás haya escrito ni una escena. Con esta distincion necesaria, si bien razonable, creemos destruida de antemano en gran parte la violenta oposicion de aquellos dramáticos modernos, que por solo añadir una flor mas á su corona, quisieran á todo trance oprimir con el peso de su talento imaginativo la tosca péñola del crítico, ocupado esclusivamente en investigar, comparar y juzgar.

Ni son menores los obstáculos, ora naturales, ora de otro género, que oponen su ominoso influjo al libre perfecto desarrollo del difícil arte de la declamacion; ciertamente, pero tampoco exigimos que todos los actores sean Talmas, así como seria una impertinencia estremada exigir que todos los críticos fuesen Voltaires. No obstante, cuando reflexionamos sobre el estado de las costumbres y de la civilizacion en nuestra época; cuando medimos con el pensamiento la enorme distancia que nos separa de las mantas y corrales de nuestros antiguos farsantes, mendigando una proteccion y sustento, no podemos menos de elevar nuestra susceptibilidad estética hasta el nivel que guardan generalmente la consideracion y crecidos sueldos de nuestros actuales artistas. Hoy dia el arte de la representacion en sus tres géneros, dramático, dramático-lirico y coreográfico, ofrece recompensas que exigen en abono de su legitimidad grandes talentos y esfuerzos por parte del artista, y acaso menos condescendencia de parte de las empresas, del público y hasta de la prensa.

Pero si grandes son las dificultades y obstáculos ligeramente indicados en cuanto á autores y artistas, los tropiezos que el interés privado suscita á las empresas, si bien de otro género, no por esto son de menor gravedad é importancia. En una ciudad donde el teatro no es una diversion cotidiana para la generalidad de su vecindario, por fuerza han de tocarse inconvenientes de gran cuantía en punto á la eleccion de los medios mas adecuados para despertar la aficion por los espectáculos dramáticos y acertar el gusto de la mayoría. Si menguan los sueldos y demás gastos, desertan los espectadores; si aquellos crecen, una empresa privada no puede sostenerse por mucho tiempo. Todo esto es sencillo y lógico; ello prueba que debe tomarse en cuenta por nuestra parte.

Hé aquí, pues, incorrectamente trazado el ligero bosquejo que nos propusimos ofrecer al público como una de las primeras garantías de nuestra conducta crítica, agena, segun con dignidad repetimos, á todo cálculo ni pasion, sino es á la del entusiasmo por la correccion en las bellas artes. A egemplo de aquellas ilustres matronas romanas que decian de sus esclavos con magestuoso énfasis, que ellos no eran hombres, nosotros en otra esfera mas elevada y depurada de preocupaciones sociales, tambien podemos decir desde ahora que los artistas á nuestros ojos no son mas que *artistas*. Al entrar en el templo de Talia, dejamos, pues, afuera toda arma vedada, indigna de quien escucha en Boileau el oráculo de todos los tiempos y paises. *Rien n' est beau que le vrai*; sí, solo la verdad es bella, solo la crítica que tienda á demostrarla en toda su lucidez, podrá contribuir á depurar las obras imperfectas de los hombres de sus numerosos defectos. Nuestro pequeño programa tampoco envuelve otro principio; ni deferencias ni antipatías, ni adulacion ni pesimismo, ni ligereza ni minuciosidad, en fin, ni severidad ni indulgencia, justicia, solo justicia, siempre justicia.

La Redaccion.